

ORÍGENES E HISTORIA DEL TRAJE

2.1 Historia del traje

2.1.1 Orígenes y evolución del traje

El filósofo francés Condorcet, uno de los más destacados pensadores del siglo de la Ilustración (S. XVII), sostenía que lo que diferenciaba al hombre del animal era el traje. A lo largo de la historia del ser humano, la vestimenta ha adquirido singularidad y ha sido objeto de reflexiones tanto filosóficas como sociológicas, y todas las ramas del pensamiento han estado, de una u otra manera, dedicadas a pensar y reflexionar sobre la vestimenta y el significado del traje.

A mediados del siglo XIX, Karl Marx podía decir en su monumental obra *El Capital* que, “allí donde la necesidad de vestido le acuciaba, el hombre se pasó largos siglos cortándose prendas más o menos burdas antes de convertirse de hombre en sastre” (1867, pp. 27-28). Esta reflexión, ensayada en medio de un texto sobre la evolución del hombre y la sociedad como un largo y dificultoso proceso histórico, vinculado primeramente a la influencia que ejercen los factores económicos para definir la civilización humana y los modos de organización de las sociedades, demuestra las preocupaciones que la vestimenta ejerció para el pensamiento sobre el modo de vida del ser humano. Este modo de considerar la vestimenta en su trascendencia histórica y su vínculo con los factores sociales, económicos y políticos nos permite ingresar en una mirada social sobre el vestido. ¿De qué manera? En la medida en que debemos considerar el vestido como un signo de la evolución del ser humano y en cuanto a que, como signo, es un producto cultural que significa.

La propuesta de la sociología es considerar la moda como un conjunto de signos que son construidos por la cultura como un modo de significar, es decir, la

vestimenta dice algo sobre la sociedad y sobre el individuo. El comentario de Marx es un buen ejemplo de reflexión sobre la moda porque considera la vestimenta desde diversos puntos de vista:

- Por un lado, el factor de la necesidad, ya que el ser humano necesita cubrirse para protegerse, ya sea de las inclemencias del tiempo o de las particularidades de las estaciones.
- Por otro lado, es considerada desde una perspectiva histórica: la vestimenta ha evolucionado, ha cambiado, ha ido desarrollando diversos caminos en los cuales se entretajan diversos procedimientos e influencias (técnicas, materiales, gustos, necesidades, etc.) que han perfeccionado el vestido, que pasó de lo imprescindible a lo superfluo.
- Es considerada como una acción del ser humano, es decir, un procedimiento cultural, un trabajo del humano sobre el entorno.
- Hay una conversión esencial: el paso del ser humano al sastre, es decir, la aparición de una especificidad particular que implica toda una serie de procedimientos vinculados con la especialización, la técnica, el arte, la organización del trabajo, la signatura del ser humano, el prestigio de la marca, la distribución del objeto y todo el complejo conjunto de habilidades y organización que caracterizan a toda sociedad.

La vestimenta forma parte del conjunto de habilidades humanas que, en su práctica, instaura problemas de significación de los objetos culturales. La exploración de la vestimenta pone en juego los sentidos que participan en la manera de configurar una significación. Al indagar sobre el vestido, la historia y la sociología, ponen el interés en la apreciación de que el vestido no sirve solamente para protegerse o para embellecerse, sino también para intercambiar información. Al analizar el vestido, se desarrolla un viaje por el cuerpo, por la experiencia física de las diferencias, por el juego de valores, los impulsos y los signos diferenciados que construyen los valores (emocionales y prácticos) de una determinada prenda o de un conjunto de prendas que, unidas, construyen signos sociales.

Los historiadores de la moda sugieren que son tres las razones que impulsan al ser humano a cubrir el cuerpo: 1) la necesidad de proteger el cuerpo de las inclemencias del tiempo; 2) el deseo de mejorar la apariencia; 3) el pudor. Cada uno de estos motivos ha sido desarrollado y justificado, aunque también ha sido debatido y negado por diferentes razones. La debilidad del cuerpo humano frente a las particularidades de los climas expone al cuerpo a la necesidad de protegerse, por lo que se adoptan los materiales que ofrece la naturaleza y la posibilidad de transformarlos adecuándolos al cuerpo.

Pero no solo del tiempo había que protegerse: también de los ataques de animales y, luego, de las armas de otros seres humanos. En efecto, uno de los grandes motores del desarrollo tecnológico de la vestimenta ha sido (y aún lo sigue siendo) la guerra. Pero, desde la misma aparición del *homo sapiens*, el ser humano operó sobre el cuerpo cubriéndolo de diversas maneras, principalmente para protegerlo, ya sea del frío o del calor.

Los datos más antiguos que se tienen acerca de las formas de protección primitiva del ser humano remiten a la utilización de pieles de animales que cubren el cuerpo de manera tosca, pero que suponen la transformación de la piel del animal en prendas que protegen el cuerpo. Si la naturaleza no dispuso para el ser humano una adecuada protección de su cuerpo, equilibró esta desavenencia con la habilidad de la mano y la perseverancia del cerebro, con lo cual se comenzó el lento proceso de civilización que lo llevó a razonar que, si un animal estaba protegido por largas pieles que lo cubrían en los duros inviernos, ese mismo material podía ser adaptado y aprovechado para protegerse a sí mismo. Pero permanecía el problema del material, ya que la piel de los animales es dura y rugosa, o, si se moja, se endurece y se deteriora rápidamente.

Diversos métodos fueron probándose a lo largo del tiempo y los rastros que ha dejado este proceso nos permiten saber que el humano primitivo ha utilizado desde la antigüedad la piel de los animales o ha trabajado diversos vegetales para adaptarlos a su cuerpo. No caben dudas de que un avance fundamental en la historia fue el trabajo sobre los elementos de la naturaleza, tanto de los animales como de los vegetales, como el lino, el algodón o la seda. Esto permitió el desarrollo posterior de uno de los signos de civilización más significativos porque la vestimenta diferencia al humano del animal con esos signos que han trascendido la simple operación de cobertura del cuerpo.

Si pensamos en el segundo motivo que aducen los historiadores sobre la aparición de la vestimenta y el desarrollo de la moda, nos encontramos con que, desde el principio mismo de la civilización, el ser humano estuvo usualmente seducido por la idea de adornar el cuerpo. Desde la civilización más antigua hasta los pueblos nativos más difíciles de acceder en el planeta, nos encontramos con que la acción de adornar el cuerpo está presente. Y este hecho es muy significativo, ya que nos permite comprender una serie de temas muy actuales en el desarrollo de la moda.

El adorno del cuerpo tiene una característica particular sobre la que hay que prestar especial atención: cada cultura construye una significación particular sobre el adorno; es decir, el objeto, material, tintura, color, piedra, madera o lo que se utilice para embellecer el cuerpo es un producto cultural cuya apreciación distintiva funciona para la percepción de los otros individuos en el seno de esa misma sociedad. Por ejemplo, cuando los europeos llegaron a determinadas tribus indígenas, podían considerar espantoso o bárbaro el modo de adornarse de los jefes de esa tribu. Pero, para esa comunidad indígena, los adornos de los jefes eran el rasgo distintivo y jerárquico que los diferenciaba de los demás componentes de la comunidad. Esto quiere decir que el significado particular del adorno —como de todo objeto cultural producido por el ser humano— significa algo de acuerdo con la manera en que cada cultura construye su forma de apreciación sobre ese objeto. Para la historia y la sociología de la moda, la mayor parte de los productos solo recibe su valor social en el uso social que se hace de ellos.

El tercer motivo sugerido sobre la aparición de la vestimenta es tal vez el más débil y el más discutido, pero no deja de ser importante de desarrollar. El tema del pudor o la vergüenza está presente en los relatos de la cultura occidental desde las más lejanas épocas. El Antiguo Testamento da razones sobradas para justificar el sentido profundamente cultural de la cobertura del cuerpo por razones de pudor, en relación con el pecado original, el descubrimiento de la desnudez humana similar a la de los animales y la necesidad de disimular el sexo por medio de una cobertura de follaje.

Algunos historiadores mantienen fuertemente el tema del pudor como una de las razones del desarrollo de la vestimenta, en función de que detectan razones psicológicas y morales en la materialización de prendas para cubrir el cuerpo. A

pesar de las discusiones, es interesante mantener el aspecto del pudor y la vergüenza como otro de los generadores de hábitos vestimentarios, ya que, de la misma manera que en el caso del adorno, queda claro que el pudor, la vergüenza y la moral son elementos culturales que están regidos por normas sociales antes que por razones naturales; es decir, el ser humano no nace pudoroso, sino que las reglas, normas y costumbres de la sociedad en la que vive lo hacen adoptar hábitos y costumbres creados o proyectados por la sociedad. Pensemos en los niños pequeños que pueden andar desnudos sin ningún problema hasta que los mayores les hacen entender que eso “queda mal” o es incorrecto: este es un ejemplo muy particular sobre cómo ciertas actitudes sociales no son “naturales” para el ser humano, sino que son construidas, creadas y normalizadas por las costumbres de una comunidad que va organizando su modo de vida de acuerdo con reglas consensuadas en común. Por estas razones es tan importante atender a los hábitos que cada sociedad construye y las normas y reglas que regulan y equilibran la vida en comunidad, de forma tal de comprender la importancia de reflexionar sobre la sociedad para entender la vestimenta. Como dice Umberto Eco:

una minifalda tiene diferentes significados de acuerdo al contexto en el que es utilizada: en Sicilia: chica fácil; en Milán: chica moderna; en París: es una muchacha. En la disco Eros de Hamburgo: es probable que sea un muchacho. El carácter socialmente construido de los objetos de moda queda bien manifestado en esta observación. (1972, p. 11).

La palabra *moda* es un término antiguo con sentidos diferentes. En principio, proviene de la raíz indoeuropea *muid*, que implica al menos tres sentidos diferentes:

- 1) moda, modelista, molde;
- 2) moderno, modificación;
- 3) acomodante, modesto, moderado, módico, meditación.

Este origen de la palabra *moda* —dividido en 3 categorías de familias en el campo lexical— nos ofrece algunas claves de interpretación del surgimiento y desarrollo a lo largo del tiempo de los hábitos de producción y consumo de los objetos que cubren o adornan el cuerpo. En efecto, hacia el siglo XVII se instala en Francia la expresión *moda* como definición en relación con una manera o forma de hacer algo (*façon*), que luego se irá modificando al agregársele la idea de movimiento como procedimiento de seguir la moda de los líderes. Con el tiempo se mantiene la idea de movimiento y encuentra esplendor en el desarrollo del vestido. Estos sentidos aún permanecen en la definición actual de moda y son, en cierta manera, los que nos rigen cuando tratamos de pensar o utilizar la palabra *moda*.

La función de la moda en la historia ha generado un profundo debate sobre el origen mismo de la civilización y la función que ha tenido en la dinámica civilizatoria la construcción de objetos de sentido desde los pueblos primitivos hasta nuestra sociedad actual. Marcar el rol fundamental del vestido como principal medio de diferenciación dentro de cada comunidad es señalar uno de los factores centrales de construcción del rol de cada individuo dentro ella. Hay sobrados ejemplos para fundamentar a la vestimenta como elemento diferenciador que tiene su origen en una construcción cultural de suma importancia para la vida de la comunidad. El sociólogo Gilles Lipovetsky y Roux explican en diversos textos cómo la sociedad humana, desde las épocas más antiguas, siempre estuvo regulada por cierta disposición al ornato, la fiesta y el despilfarro:

Basada en documentos antropológicos, la sociología puede precisar que en las sociedades antiguas, si bien con un nivel de vida muy bajo y elemental, acuciados por la búsqueda constante del alimento y la seguridad, lejos estaban de vivir una vida llena de privaciones. Por el contrario, la fiesta y el consumo generoso eran comunes, dejándose de lado la previsión sobre la carencia futura y aprovechando la abundancia del día para consumir todo lo que estaba al alcance. Si bien el consumo no se trataba de objetos fastuosos, la dilapidación de lo que se obtenía es una prueba de la disposición del hombre a consumir. (2004, pp. 21-23).

La práctica de producir objetos bellos y raros era común aun en las sociedades más primitivas, ya que, aunque a veces fastuosos o de elevado costo, no eran aún objetos de lujo, sino que en ellos primaba el espíritu de gasto para afirmar el espíritu humano de trascendencia. El sentido del gasto se relaciona con la dádiva o intercambio ceremonial, en cuanto a que las sociedades siempre se han caracterizado por realizar algún tipo de intercambio con sus vecinos: desde los indígenas de Polinesia (que realizan largas expediciones para intercambiar brazaletes y collares suntuosos) hasta llegar a los reyes europeos (que intercambian joyas y coronas con sus similares), este tipo de práctica humana está regulado por normas estrictas y códigos ceremoniales que funcionan a la manera de un juego. Más cerca del rito que de la operación comercial, estas prácticas de dádivas e intercambios funcionan como marco en la sociología para entender el desarrollo de las prácticas humanas del vestirse y el posterior nacimiento de la moda y del lujo.

Al mismo tiempo, hay que considerar a la moda como un lenguaje que significa, en la medida en que está compuesta por variaciones infinitas a partir de un repertorio corto de categorías (pantalón, vestido, camisa, etc.). Es decir, constituye un paradigma, en la medida en que consideramos la moda como una práctica de combinación de esos elementos. La moda cumple la función de renovar el clima, el estilo. Y este proceso se produce por la renovación de un signo, con lo cual se pone en juego la economía de los intercambios humanos, en la medida en que consideramos el procedimiento de renovar a partir de un pequeño cambio.

En el día de hoy, podemos decir que rentabilizamos el guardarropa por medio de un pequeño cambio. No tiramos todo para renovar la moda, pero se renueva por toques sucesivos, es decir, a partir de pequeños detalles: no tiramos todo el juego de *living*, sino que cambiamos las cortinas para sentir que nos adaptamos a la moda o que cambiamos el estilo. Este fenómeno es básico y fundamental y se lo puede observar en los estudios antropológicos sobre las sociedades primitivas, así como en los análisis de las pautas de consumo actuales.

2.1.2 El traje de la prehistoria

El principal inconveniente a la hora de investigar el desarrollo del traje desde la antigüedad es que quedan muy pocos vestigios concretos de los hábitos

vestimentarios de los pueblos de la prehistoria y de la Antigüedad. Por un lado, el material con el que estaban realizados (vegetales o pieles y cueros de animales) los hacía endebles y fácilmente desmaterializables. Por otro lado, al tratarse de objetos que se utilizaban con fines prácticos, y no ceremoniales ni estéticos, las prendas, una vez utilizadas y cumplida su función de cobertura, eran abandonadas y eliminadas. De forma tal que existen muy pocas referencias concretas al modo de cubrirse de las primitivas civilizaciones humanas.

En general, cuando se habla del modo de vestirse o cubrirse el cuerpo en la prehistoria (e incluso hasta muy entrado el Renacimiento), se hace referencia a hipótesis basadas en excavaciones, grabados, dibujos o pequeños restos de materiales, como telas o adornos probablemente utilizados para cumplir una función en el cuerpo.

Una relación básica que hay que tener en cuenta es que el modo de vestirse (como el de habitar o el de alimentarse) depende de factores económicos, climáticos y tecnológicos. Desde la prehistoria hasta el día de hoy, estos tres factores influyen fuertemente en la producción, distribución y acceso a la vestimenta y no podemos concebir el modo de vestir humano sin prestar atención a estos factores condicionantes.

De acuerdo con la época que estudiemos o el espacio geográfico, uno u otro podrá tener más influencia o producir una inclinación especial o particular en el modo de vestir de los individuos, pero siempre están presentes como factores condicionantes. De esta manera, vamos a estar pendientes de señalar los diversos pasos que la civilización ha ido escalando para poder comprender el armazón cultural que vincula la vestimenta con todo un conjunto de elementos que influyen en el modo de vestir y concebir el porqué de la vestimenta.

Para entender la relatividad de toda concepción rigurosa y concreta o excluyente de los hábitos vestimentarios, podemos señalar que el clima —si bien es un factor inevitable para considerar el desarrollo de la vestimenta y explicativo de las maneras de vestirse de ciertos pueblos, aun cuando nos puede ofrecer una clave importante en relación con la aparición de la vestimenta— termina siendo un factor relativo. Consideremos, por ejemplo, a los pueblos oná, de Tierra del Fuego. Los navegantes portugueses se encontraron con que la desnudez era una condición natural de estas poblaciones, a pesar del intenso frío que azota esas

regiones. En el mismo sentido, en pueblos de las calurosas estepas africanas o en ciertos lugares de Arabia la vestimenta puede parecer excesiva para su clima. Las medias de seda que usaban los reyes no eran un objeto de privilegio de la aristocracia por ley o por moda, sino que el precio era prohibitivo para otras clases sociales. Y el precio era exorbitante porque la producción de seda era patrimonio exclusivo del emperador de China, que prohibió durante siglos cualquier tipo de intercambio con los pueblos de Europa. Y cuando los europeos lograron aprender a reproducir los gusanos de seda para autoabastecerse, tardaron siglos en desarrollar la tecnología adecuada para producir seda, en pequeña cantidad y de inferior calidad que la procedente de China. Y cuando casi lo habían logrado, a finales del siglo XIX una feroz helada destruyó todas las plantaciones de morera en Europa, lo que eliminó casi por completo la producción de seda, por lo que hubo que empezar de nuevo. Así, debemos concebir la historia de la indumentaria como un conjunto complejo, variado e inesperado de factores económicos, tecnológicos y climáticos que, en su conjunto, influyen en la cultura de un pueblo que formaliza su forma de vestir a partir de condiciones objetivas de producción.

Hay dos formas de concebir la división de los tipos de vestido de acuerdo con su característica formal. Por un lado, tenemos el *traje ajustado*, y por el otro, el *traje drapeado*. Esta distinción es más efectiva que la distinción entre el traje masculino y el femenino, ya que, a lo largo de la historia de la humanidad, ha habido variaciones y cambios y, por ejemplo, las faldas han sido utilizadas por los griegos, los escoceses y muchos pueblos de montaña, de la misma manera se conoce que el pantalón ha sido utilizado desde hace milenios, en muchos casos, por mujeres.

La diferencia de género no es operativa a los efectos de distinguir el origen y desarrollo de la indumentaria. En cambio, la distinción *drapeado/ajustado* es útil para dilucidar los orígenes y evolución del traje. El drapeado corresponde a la vestimenta de los antiguos griegos, mientras que el ajustado se refiere al desarrollo posterior de la vestimenta, la que llega hasta nuestros días. El drapeado implica el apoyo en los puntos horizontales del cuerpo (hombros y cabeza), ya que está confeccionado de una sola pieza de tela, que debe su equilibrio a los puntos de apoyo del cuerpo humano. Esto indica una caída de la tela en función de sus particularidades y de los sostenes o incisiones aplicados a

ella (cinta, lazo, cairel, aguja). El traje ajustado, que es el que prevalece actualmente, implica la adaptación de la tela a las formas del cuerpo.

El traje de la prehistoria tiene una serie de particularidades, más allá de la poca información que se ha encontrado. Básicamente, se puede considerar que proviene de la necesidad de cubrirse del frío, ya que las primitivas formaciones humanas emergieron en zonas de intenso frío y de condiciones climáticas desfavorables para su débil contextura. En pos de su supervivencia, el ser humano aprendió a cazar para comer la carne de los animales y para aprovechar su piel, utilizándola para protegerse del frío. Pero esta protección instalaba el problema de su dureza cuando se secaba, lo que dificultaba los movimientos para trasladarse, cazar o defenderse. A partir de ello, se supone que empezó la laboriosa tarea de transformar la piel y el cuerpo de los animales, a partir de técnicas aún poco desarrolladas, en objetos que cumplieran la función de proteger sin implicar una incomodidad exagerada en el usuario, haciéndolas más suaves y flexibles. Para esto se utilizaron diversos métodos: la masticación del cuero (aún usada hoy por algunas tribus esquimales) y la humectación y posterior golpeado de las pieles para eliminar restos de tejidos y hacerlas flexibles y blandas.

El descubrimiento de las propiedades humectantes e impermeabilizantes de los aceites y de la grasa de los animales significó un desarrollo fundamental en los métodos de protección y cobertura del cuerpo. Al hacer la piel o el cuero del animal más flexible, suave y con las propiedades necesarias para proteger y cubrir el cuerpo de las condiciones climáticas adversas (frío, humedad, nieve), el paso siguiente fue cortar estos materiales originales para adecuarlos a la constitución del cuerpo y adaptarlos para otras funciones, como la guerra, el transporte o la vivienda.

Al cortar la tela, se hace necesaria la unión de las partes cortadas para ajustarlas al cuerpo. En esta etapa emerge lo que para muchos es uno de los grandes inventos de la humanidad: la aguja con ojo. Se han encontrado vestigios antiquísimos, en los más diversos rincones del mundo, de diversos tipos de aguja realizadas con diversos materiales, como hueso, madera, marfil, colmillos de focas, de mamut, etcétera. La invención de la aguja permitió unir las pieles unas con otras y ajustarlas al cuerpo y a las diferentes necesidades del ser humano: incluso el desarrollo de la habitabilidad de ciertos espacios se debe a la aguja, es decir que la historia de la arquitectura está ligada, de alguna manera, a la vestimenta.

Hay que tener en cuenta que el uso de pieles y cueros emerge en zonas de fríos intensos, ya que en climas cálidos ese desarrollo no era necesario. Aun así, todos los pueblos desarrollaron diversas y particulares formas de cobertura del cuerpo.

En geografías en las que no era necesaria la extrema protección de los factores climáticos, el desarrollo de la vestimenta utilizó otros materiales, ya que pieles y cueros eran inadecuados. Uno de los más antiguos vestigios de creación de materiales para cubrir el cuerpo en climas templados es la técnica del afieltrado. Se trata de un producto generado a partir del peinado de los pelos o la lana de ciertos animales, cuya pelusa es luego humedecida y enrollada, estirada por diferentes medios y golpeada con un palo para formar hebras que luego serán compactadas y formarán un material (el fieltro) que es flexible, duradero y maleable. Por ello, podrá ser cortado, cosido y, por lo tanto, convertido en diversos objetos, como trajes, sombreros, mantas, tiendas o alfombras.

Otra técnica primitiva de gran importancia es la utilización de fibras vegetales. Los vestigios más antiguos nos muestran que uno de los métodos más utilizados era el aprovechamiento de la corteza de ciertos árboles (moreras, higueras), que se ponía en remojo, luego se colocaba en capas sobre una superficie lisa formando un entramado y se golpeaba hasta que se unían sus diversas partes. Después este tejido se trabajaba con aceite o grasa para favorecer su flexibilidad y su duración. Tal como sostiene Laver: “este método —muy similar al utilizado por los antiguos egipcios para convertir el papiro en material de escritura— puede considerarse como un punto intermedio entre el afieltrado y la tejeduría” (1988, p. 13). Además, nos permite entender algunas de las características secuenciales que ha realizado el ser humano en el desarrollo por etapas para aprovechar, por medio de la tecnología, los elementos de la naturaleza para construir objetos confortables.

Además de las fibras de corteza, el gran paso siguiente fue la utilización de fibras vegetales más blandas y flexibles, como el cáñamo, el lino y el algodón. La utilización de estas fibras supone una operación civilizatoria fundamental: el paso del nomadismo al sedentarismo. Si bien no es solamente el uso de las fibras para fines vestimentarios lo que explica este paso, es importante tener en cuenta esta diferencia, ya que la sedentarización de los pueblos nómades ocurre a comienzos de la civilización como un paso de la economía de subsistencia a la economía de

producción. Esto implicó el aprendizaje y manejo de las posibilidades naturales de cultivar vegetales y de criar animales para tenerlos al alcance en caso de necesidad, frente a la constante deriva y movilidad que significaba ir de una zona a otra en busca de alimento y protección.

Las fibras vegetales más apreciadas por su versatilidad debían ser cultivadas y cuidadas, de manera que el valor de este procedimiento está ligado a un factor de civilización fundamental en la historia. Lo mismo pasó con las fibras animales, ya que la lana proveniente de animales como la oveja, la cabra o el cordero implicaba la estabilidad de la comunidad en un lugar preciso, es decir, la sedentarización.

Al mismo tiempo que los animales productores de lana debían desarrollarse en un espacio apropiado, con pasturas adecuadas, provisión de agua y cuidados intensivos, el aprovechamiento de la lana obligaba a la comunidad a instalarse en un espacio apropiado para esquilarse, hilar y tejer. Estas actividades solo podían ser realizadas en un lugar estable, con lo cual el nacimiento del tejido como actividad tecnológica implicó toda una serie de transformaciones en el modo de vida de los seres humanos. La sedentarización y la serie de implicaciones técnicas y culturales que este proceso conlleva explican el lento y trabajoso camino que siguió la historia del traje hasta nuestros días.

Ya los caldeos, en el 6000 a. C., criaban corderos, con lo cual se puede pensar en el desarrollo del traje contemporáneo a partir de los datos que nos brinda el estudio antropológico de la crianza de animales. La lana del cordero —la más apropiada para el esquilado, hilado y tejido— se expandió por Europa en la Edad de Bronce (conjuntamente con toda una serie importante de desarrollos técnicos en el manejo de metales, piedras, cultivos y cría), en Galia y especialmente en toda la región de Europa del Norte, como Flandes, lo que explica también el predominio de ciertas zonas geográficas y culturales en la producción de tejidos.

Con la manufactura de lana ocurre lo mismo que con la elaboración de materiales importantes para el comercio y la industria de una zona o región: pasan a ser protegidos por el Estado, ya que adquieren una importancia fundamental en las finanzas nacionales. Al estar bajo control del Estado, que cuida celosamente la producción, distribución e intercambio de los materiales, se hacía muy difícil y

complejo el desarrollo de mejoras, ya que todo el conocimiento estaba en manos de unos pocos. Además, el comercio mismo era regulado y controlado por el Estado nacional, con lo cual gran parte de la producción de materiales útiles para la vestimenta muchas veces generaba roces económicos con otros países que derivaban en conflictos graves.

Otro de los materiales originarios para la producción de vestimenta es el algodón. Actualmente, la fibra de algodón es, de entre los materiales naturales, la más empleada en el mundo para tejidos. Pero el algodón tiene una larga historia que se remonta a la Antigüedad prehistórica en África y en India. Los historiadores del Imperio romano ya describen su cultivo en el antiguo Egipto unos siglos antes de Cristo. La introducción del algodón en Europa es bastante tardía, y no es hasta el Renacimiento que se convierte en un material atractivo, aun cuando su uso seguía siendo bastante limitado y es el material que influye definitivamente en la adopción, por parte de la población en general, de la ropa interior, antes imposible de adquirir por el alto precio que tenía, ya que era de seda. Además de haber facilitado la aparición y utilización de la ropa íntima entre todas las clases sociales, el algodón permitió el desarrollo de vestimenta para climas cálidos y la expansión de técnicas que tienen que ver con el teñido, algo que se desarrolló gracias a los conocimientos que se importaron desde India a Europa, ya que en India se desarrollaban desde hacía milenios técnicas de teñido de las telas logradas a base de algodón.

El lino es, si bien en cantidades más pequeñas que el algodón, el otro gran producto vegetal ampliamente utilizado en la fabricación de telas para vestimenta. El lino es cultivado desde la antigüedad en Egipto y empieza a ser cultivado en Europa en la Edad de Piedra, con lo que podemos considerar al lino como el más antiguo cultivo para la vestimenta en el mundo occidental.

Los griegos desarrollaron toda una industria alrededor del lino, ya que con este material se fabricaba el chitón jónico, vestimenta usual de la sociedad griega. La amplia utilización del lino en las telas de la Antigüedad sugiere un gran desarrollo técnico y mecánico, ya que el lino es un cultivo delicado y la preparación para realizar la tela es bastante compleja. La antropología señala que las sociedades en las que el lino alcanzó niveles de producción y utilización altos, indudablemente, eran sociedades complejas y muy desarrolladas tanto a nivel técnico como económico.

La seda natural es el otro gran material natural que ha tenido una importancia central en el desarrollo no solo de la vestimenta, sino de las sociedades modernas. Al contrario de todos los otros elementos naturales utilizados en la fabricación de vestimentas, la seda siempre fue un material de lujo. Además, a las cualidades de la seda se les agrega algo que los otros materiales en su origen no poseían: el elemento estético. En efecto, solo la seda nace y se desarrolla como un tejido jerarquizado en la escala de los objetos fabricados por el ser humano. La belleza de la seda natural convirtió a este producto en un objeto deseable y su utilización siempre manifestó una tonalidad suntuosa por su belleza y su precio.

Los testimonios más antiguos relatan que la producción de seda ya se conocía en China desde antes del año 2600 a. C. El conocimiento de la seda en el mundo occidental ocurre tardíamente por dos razones: el tejido de seda estaba reservado para vestir al emperador de China y, por lo tanto, su producción y exportación estaban muy controlados, y esta última era severamente castigada (con la pena de muerte en casos graves).

A pesar de que hay vestigios de hilados de seda en Persia, India y en algunas zonas del interior de Asia, todos estos eran de muy inferior calidad. La larga ruta que debían seguir las caravanas que llevaban la seda desde China hacía que su precio fuera más que prohibitivo para la mayoría de la población. Incluso los grandes reyes o jefes religiosos se veían condicionados a la hora de adquirir este material.

Muchas historias se han contado acerca de cómo la seda llegó a Europa. Lo cierto es que los misioneros de la orden de San Basilio que viajaron a China por orden del emperador bizantino Justiniano habrían logrado traer escondidos en sus bastones de bambú algunos gusanos y plantas de moreras para desarrollar en Europa la producción de seda. Claro que eso tardaría siglos en desarrollarse de manera rentable y Oriente siguió siendo el gran proveedor de seda.

La seda no solo representaba el lujo, sino que también funcionó como material importante en la liturgia, y los tesoros en las iglesias dan cuenta del prestigio que imprimía a todo lo relacionado con su uso.

El desarrollo de la producción de la seda en Europa (en Lyon, Francia, y también en Luca, cerca de Florencia, en la Toscana italiana) le da al capítulo de la seda un tinte particular, extenso y profundo de desarrollar, ya que hay innumerables bifurcaciones en su historia. Baste añadir que aún hoy la historia de la seda está íntimamente atada a diversos factores económicos, técnicos, sociales y culturales que hacen de este tejido uno de los más deseables y atractivos.

Si bien no hay un acuerdo formal entre los historiadores, no es equivocado decir que el oficio de diseñador tal como lo conocemos hoy nace a partir del desarrollo de la seda y sus procedimientos, que abrían el campo de intervención a los diseñadores que trataban de diferenciarse gracias a la maleabilidad que permitía hilar la seda, de forma tal que requería mucho esfuerzo y ponía en consideración un gran despliegue de materiales y de fuerza de trabajo en su fabricación.

Con el tiempo el gran valor de la seda instala, además, uno de los grandes desarrollos tecnológicos de la modernidad: la sustitución de la seda natural por un tipo de tejido similar pero artificial. Desde el siglo XVI, los físicos se dedicaron a buscar un reemplazo a la seda natural, ya sea tratando de copiar el procedimiento natural o creando, a partir de nuevos descubrimientos, maneras de generar un hilado que reemplazara la lujosa y cara seda natural.

Tras incontables esfuerzos y materiales inventados tratando de sustituir la seda, se obtuvieron resultados no muy convincentes a finales del siglo XIX con los productos de Bernigaud de Chardonnet, en Francia, y de E. Thiele para la firma Bamberg, en Alemania. Aunque la seda natural nunca pudo ser reemplazada satisfactoriamente, es imprescindible señalar que la búsqueda de un reemplazo para este producto resultó en el origen de los diversos textiles que hoy conocemos: las fibras sintéticas derivadas de la transformación del petróleo o la hulla, que van desde el nailon hasta el poliéster, el tergal, el triacetato, el neopreno o el pólar. Es decir, encontramos esa particularidad intrínseca de la vestimenta que acompaña o produce nuevos desarrollos tecnológicos y económicos a partir de la necesidad de vestirse.

Además de los materiales utilizados, debemos señalar dos técnicas fundamentales en la historia de la fabricación del vestido: la hilatura y el teñido. La operación del hilado es, de acuerdo con descubrimientos arqueológicos, una de las más

antiguas técnicas de la civilización. Se encuentra relacionada con las técnicas de la cestería, en cuanto implica la torsión de fibras vegetales. Incluso los estudiosos de las técnicas mecánicas por medio de las cuales el ser humano fue desarrollando saberes que le permitieron perfeccionar su modo de vida prestan especial atención al desarrollo del hilado, ya que, conjuntamente con él, se desarrolla la aguja y la rueda a mano, y todo ello con el tiempo va a tener como consecuencia la profunda transformación a partir de la mecanización de los procedimientos del hilado.

La otra gran técnica que debemos señalar es la del teñido, que nace conjuntamente con la misma práctica del hilado. El teñido brinda a los teóricos de la historia de la vestimenta uno de los fundamentos para insistir sobre el carácter suntuario del desarrollo de la vestimenta. Y esto porque no hay nada en la naturaleza que incline al ser humano a embellecer el tejido sino el factor estético (el deseo de gustar o de hacer más atractivo el objeto).

El arte del teñido puede dividirse en dos tipos: la coloración y el estampado. Si bien desde muy antiguo se practica la coloración de la tela de diversas maneras con diferentes materiales naturales provenientes de árboles, plantas, hongos, insectos o animales, las variedades de tonos producidos eran inestables y, en muchos casos, estaban reguladas por leyes simbólicas de utilización del color. Por ejemplo, el escarlata (o sus derivados, como el carmesí, el bermellón o el carmín, avivados con cloruro de estaño) era el color de la capa militar de los romanos y, muy probablemente, del manto que se echó sobre los hombros Jesús, de manera tal que este color se reservó a los cardenales, lo cual lo vinculó con la liturgia cristiana bajo estrictas normas de uso. Con la historia de los colorantes, nos encontramos nuevamente con factores técnicos y simbólicos de gran importancia que se vinculan con el uso de la vestimenta.

2.1.3 El traje del Oriente antiguo

Las formas más primitivas de vestirse que se conocen por medio de investigaciones a partir de los relativamente pocos vestigios que han sobrevivido al deterioro del tiempo y del clima son prendas sencillas, armadas de una sola tela y, por lo tanto, drapeadas. Las estatuillas y esculturas que han sobrevivido de las culturas antiguas muestran cierta uniformidad en la confección y utilización de los trajes,

aunque las particularidades que exhiben señalan una tendencia a la diferenciación.

Los sumerios, por ejemplo, han dejado muestras de su producción vestimentaria en las que se observan faldones, chales y un especial cuidado por ciertos detalles, como flecos o mechones de lana o lino dispuestos en volantes (*kaunakés*), y un trabajo particular en el cuidado de la barba y el cabello, que en general aparece rizado.

Entre los siglos V y III a. C., los restos arqueológicos permiten constatar que en las civilizaciones babilónicas y persas los trajes estaban constituidos por túnicas largas con mangas ajustadas, en muchos casos con un chal que, enrollado desde los hombros, cae en diagonal formando flecos. También en esta época se puede encontrar uno de los elementos fundamentales de la vestimenta: el calzado. En general, sandalias, pero se encuentran muchas imágenes que calzan botas altas.

Otro de los grandes impedimentos para investigar la historia de la indumentaria es la ausencia de registros de lo que vestía la gente común en su vida cotidiana. El registro solo se refiere a reyes, sacerdotes o divinidades y además predomina la figura masculina por sobre la femenina, la cual apenas aparece representada. De todas maneras, se sugiere que el primer tipo de vestimenta es el *sarong*, la forma más primitiva y sencilla de falda, que consiste en un manto de tela enrollado alrededor de la cintura. Con el tiempo se desarrolla un complemento a la falda, que consiste en poner otro rectángulo de tela sobre los hombros sujetado con fíbulas.

Estos modelos de prendas drapeadas necesitaban ya de un cierto nivel de perfeccionamiento del tejido para permitir su caída natural y un nivel de incomodidad no muy pronunciado. De esta forma, en la Antigüedad el drapeado utilizado por egipcios, asirios, griegos y romanos es considerado un signo de civilización por el adelanto tecnológico que la preparación de las prendas sugiere, mientras que los vestidos ajustados o entallados eran considerados "bárbaros".

Una de las diversas cuestiones que es importante tener presente es que las invasiones y conquistas de un pueblo sobre otro hacían mutar los trajes, en algunos casos por cuestiones climáticas. Por ejemplo, los persas provenían de una zona

fría, pero cuando conquistan Babilonia se encuentran con que es una región cálida, por lo que abandonan sus antiguos atuendos y adoptan los tejidos y prendas más livianas de sus conquistados.

También se aferraban a ciertos objetos de indumentaria distintivos que funcionaban como rasgo particular. Por ejemplo, el tocado persa, un gorro blanco que los griegos después llamaron *frigio*, las botas de cuero flexible curvadas a la altura de los dedos o el innovador pantalón.

Otra de las características que tener en cuenta es que la diferencia entre el traje masculino y el femenino no eran marcadas; en general, aparecen muy similares. Lo que hoy podríamos considerar como la unidad del traje femenino por definición (la falda o pollera) era básicamente una prenda masculina, de la misma manera que el pantalón persa (más suelto y cubierto en parte por la toga) era utilizado también por las mujeres.

Del antiguo Egipto quedan documentos bastante ricos en material sobre la forma del vestido y los hábitos vestimentarios. En todos los casos, en Egipto el traje es drapeado. La prenda característica fue el *schenti*, una túnica de lino a modo de pampañilla (que tal vez es el atuendo más antiguo y básico de la cultura occidental, y consiste básicamente en un taparrabos de tela, generalmente de lino, que cubre el cuerpo desde la cintura hasta las rodillas y es sostenido por un cordón en la cintura) sujeta con un cinturón. La diferencia se plantea levemente en las mujeres, las cuales usaban la misma túnica, pero fijada a los hombros con broches. En algunos casos ya aparecen algunos bordados en las túnicas de los reyes o faraones. Una característica de los antiguos egipcios era la riqueza de las joyas que utilizaban, ya sea para adornarse el pelo o como objetos decorativos en forma de collares, pulseras o tocados.

Otra característica que demuestra el factor distintivo de la vestimenta es que solo los personajes importantes llevaban ropa y los demás andaban desnudos. Las costumbres rituales de los egipcios implicaron un gran desarrollo en el conocimiento de maquillajes, perfumes y afeites. Utilizados en la momificación ritual, esos saberes también fueron utilizados en la confección de materiales de embellecimiento, lo que instaló al antiguo Egipto como un lugar prestigioso en relación con el desarrollo de la cosmética. Hacia el 1500 a. C., aparecen evidencias de un desarrollo refinado en el arte del vestido: tanto hombres como

mujeres adoptaron un traje de lino hecho de una sola pieza, muy largo y delicadamente plisado, enrollado varias veces alrededor del cuerpo.

En Oriente Medio, en las civilizaciones que crecieron y se desarrollaron entre los ríos Tigris y Éufrates, los trajes drapeados aparecen adornados con grandes y muy trabajadas joyas. En la región de Caldea, en la baja Mesopotamia, aparece un tipo de traje que con el tiempo va a prevalecer como uno de los grandes inventos de la indumentaria: la túnica de mangas, tejida de una sola pieza en forma de cruz, dejando en el medio una abertura para que pase la cabeza. Esta túnica es plegada y cosida en los laterales. En cierta manera, puede considerarse como el origen de la camisa actual. A lo largo del tiempo, se adaptaron a diversos usos y maneras de presentarlas: largas o cortas, adornadas o lisas, de lino o de seda, sueltas o ajustadas. Algunos historiadores sostienen que es probablemente el tipo de vestimenta que usó Cristo, ya que estaba en la zona de influencia que abarcó el uso de este hábito vestimentario.

Figura 1: Túnica de mangas, antecedente de la camisa moderna. Dibujo que representa los ejemplares encontrados en tumbas coptas en el siglo I



Fuente: Deslandres, 1985, p. 105.

2.1.4 Civilizaciones antiguas y su traje

Los historiadores resaltan especialmente la cultura cretense como una de las más adelantadas e influyentes en cuanto a la vestimenta. La extraordinaria riqueza y la complejidad de sus trajes en el período abarcado entre el 1750 y el 1400 a. C. dan cuenta de un desarrollo singular que, en algunos casos, hasta sugiere formas y actitudes de la moda actual.

En las diferentes manifestaciones encontradas de esta cultura, sorprende la complejidad del traje de la mujer, que muestra una serie de volantas, corsés escotados, mangas por el codo muy ajustadas, costuras realzadas con galones y faldas acampanadas guarnecidas de bordados, con una cintura muy ajustada y un corpiño que termina bajo el pecho. Tal es el caso de las famosas estatuillas conocidas como *diosa de las serpientes*, del palacio de Cnosos.

Figura 2: Diosa de las serpientes, del palacio de Cnosos, Creta, hacia el 1600 a. C. Museo Arqueológico de Heraclión, Creta



Fuente: Chris73, 2005, https://en.wikipedia.org/wiki/File:Snake_Goddess_Crete_1600BC.jpg

Si bien puede sorprender el hecho de dejar el busto a la vista, hay que señalar que esta costumbre era relativamente estable en las civilizaciones antiguas (por ejemplo, en el antiguo Egipto era común que el traje femenino dejara el busto sin cubrir). Es interesante observar la superposición de telas, la cintura fina, el adorno de cinturones con piezas metálicas, el repujado y el peinado sumamente complicado.

Otra importante característica del período cretense fue el uso variado de los colores y de las joyas y, entre las mujeres, el uso de peinados muy complejos y tocados diversos que pueden ser considerados los primeros sombreros elegantes de la historia (Laver, 1988).

2.2 Los pueblos de Europa y las invasiones

2.2.1 Los pueblos de la Europa del norte y del centro

El traje griego se caracterizó por una relativa forma estable y simplificada, aunque hubo períodos de mayor riqueza y complejidad, especialmente por la influencia cretense. Los trajes consistían en rectángulos de tela sin cortar de diverso tamaño sostenidos en el cuerpo, ya sea en enrollándolos o colgándolos de diversas maneras. La túnica que llevaban hombres y mujeres desde el siglo XII al I a. C. se llamaba chitón, una pieza de tela de tamaño variable, ya que en los hombres llegaba hasta las rodillas y en las mujeres hasta los tobillos, e incluso era más larga, de manera que debía ser arrastrada.

El chitón se sujetaba a los hombros por medio de alfileres, fíbulas o broches, y era ceñido a la cintura por medio de un cinturón o cordón (Vega, s. f.). De acuerdo con los historiadores, esta prenda se puede dividir en dos tipos: el chitón dórico, de lana, y el jónico, realizado con lino, que era más flexible, lo que permitía una gran variedad de plegados y ablusados que le dan su característica particular. También es probable que haya habido una diversidad de procedimientos para teñirlos o colorearlos con motivos decorativos.

A pesar de la simplicidad del objeto utilizado, los dibujos, esculturas y bajorrelieves que han sobrevivido de la época de los griegos nos permiten constatar que ese simple rectángulo de tela podía ser utilizado de diferentes maneras alrededor del cuerpo sostenido por broches, alfileres o fíbulas de diversas formas y atado de diversas maneras a la cintura, lo que daba cierta distinción de acuerdo con la manera en que eran utilizados.

Figura 3: Dibujos de bajorrelieves griegos del siglo V a. C. Distintas maneras de arreglar el rectángulo de tela alrededor del cuerpo



Fuente: Laver, 1988, p. 30.

De acuerdo con los diferentes estadios de civilización y la actividad realizada, los vestidos fueron variando o enriqueciéndose: los soldados usaban sobre el chitón un manto corto llamado *clámide*; en la época fría, se usaba un manto largo llamado *himación*. En el caso de las mujeres, se llamaba *peplos* y era extremadamente largo, y con el tiempo fue enriqueciéndose con adornos, bordados y tejidos más refinados. Aunque, como sostiene Laver, “esto no significaba lujo, ya que la mujer apenas salía de su vivienda y aún no se puede hablar de competencia suntuaria” (1988, p. 34).

En el caso de los romanos, la influencia etrusca —a su vez influenciada por la cultura cretense— ha sido fundamental en muchos aspectos tecnológicos y culturales; entre estos, la vestimenta. El manto semicircular que en la Roma imperial dio origen a la toga deriva de los etruscos. La toga era un drapeado que envolvía hasta tres veces el cuerpo, con lo cual se supone que solo podía ser utilizada con la ayuda de esclavos o sirvientes para colocarla. Además, resultaba sumamente incómoda, ya que dificultaba los movimientos y la actividad física. Esto implicaba que no podía ser una prenda popular, sino una prestigiosa utilizada por las clases dirigentes, los senadores, filósofos y altos dignatarios. Con el tiempo, el uso de la toga se circunscribió a las autoridades religiosas y fue reemplazada por

una prenda similar pero más corta y pequeña, el *pallium*, y luego por una simple banda de tela, la estola.

2.2.2 El traje y las grandes invasiones

Al tratarse de un pueblo guerrero, en el caso del Imperio romano es importante prestar atención a la vestimenta de los soldados, en los que prima la efectividad y comodidad de las prendas, ya sea por los largos periplos que debían realizar, por el tipo de movilidad (a caballo o en carros) o, especialmente, por la soltura que la prenda debía ofrecer para que se pudieran mover o protegerse del ataque enemigo.

Una de las importantes adquisiciones que hicieron los romanos de los pueblos conquistados fue la utilización de un tipo de pantalón galo, que a su vez derivaba de los trajes celtas cortados y cosidos. Se trataba de una tela que rodeaba las piernas y se ajustaba mediante correas de cuero —muchas veces de colores—, por encima de las que se colocaba una túnica de cuello y mangas ceñidas. Esta prenda fue incorporada primero por los soldados, ya que resultaban cómodas y eficientes en el clima frío y húmedo de las regiones del norte de Europa, y luego se fueron adaptando y generalizando.

Figura 4: Ejemplo de lo que se considera el primer tipo de pantalón antecedente del pantalón moderno. Utilizado por los galos y considerado como bárbaro, fue adoptado con el tiempo por los romanos



Fuente: Deslandres, 1985, p. 112.

Una de las peculiaridades de los romanos fue el peinado. Los bustos y estatuas que se han encontrado dan cuenta de la variedad, diversidad e importancia del peinado en la época del Imperio romano, cuando aparece, por ejemplo, la tintura del cabello, los peinados ornamentados y los postizos y pelucas. La gran ornamentación, el cuidado, el tiempo disponible y la difusión y profusión de ornatos —para el vestido, las joyas, el peinado, el calzado—, junto con el desarrollo de técnicas como el esmaltado y el damasquinado (bordado con hilos de oro), dan cuenta de un creciente interés por la apariencia y el exceso, lo cual informa sobre un estado primero del lujo en la cultura occidental. Al mismo tiempo, los filósofos de la época, el poeta satírico Juvenal y los teóricos del avance de la Iglesia cristiana vieron este exceso y derroche como uno de los símbolos de la decadencia y la corrupción moral del sacro Imperio romano.

Los pueblos bárbaros que rodeaban al Imperio romano tuvieron diversas actitudes en relación con la vestimenta. En algunos casos, adoptaron algunos atuendos de los romanos de forma tal que terminaron pareciéndose mucho a ellos. En otros casos, se mantuvieron firmes en sus modos de vestir. En otros, fueron los romanos

los que adquirieron tipos de prendas o costumbres vestimentarias de los pueblos de las fronteras. Esto se debió a que dichos pueblos a veces dominaban o funcionaban como una amenaza latente y constante, ya que muchos eran muy buenos guerreros y realizaban reiteradas incursiones al imperio, por lo que en muchos casos llegaron a vencerlos, como sucedió con los teutones o los visigodos.

Una de las características predominantes entre los pueblos bárbaros en relación con la vestimenta es la utilización de *calzones*, nombre que se refiere a toda prenda que cubra los miembros desde la cintura hasta la altura de las rodillas. Cuando esta prenda era más larga y llegaba hasta los tobillos, se la llamaba *pantalones*, que es el nombre que luego se tomará para llamar a la prenda inglesa masculina tal como actualmente la conocemos. Los calzones eran considerados por los romanos como un signo de mal gusto y rusticidad, e incluso hubo edictos que prohibían y castigaban su uso por parte de los romanos. Pero con el tiempo se fue adaptando y fue utilizada por los romanos, ya que permitía un cierto nivel de comodidad, especialmente entre los campesinos o los soldados, en épocas frías, para realizar tareas en el campo o hacer largas travesías a caballo.

Muchos autores discuten sobre la diferencia entre el calzón, el pantalón y la calza. Básicamente, los calzones o *braies* eran pantalones que llegaban hasta los tobillos sujetos por medio de una cuerda arriba de la cintura. Las calzas, *hoses* o *chausses* se cortaban con la forma de la pierna y se hacían con tejidos de lana o lino, pero son un elemento muy posterior: recién aparecen alrededor del siglo XI, igual que las medias, que llegaban hasta las rodillas. Cuando se empezaron a alargar, comenzaron a colocarse sobre las *braies* y, en general, eran de colores o a rayas, lo que les confería un aprecio especial. Fueron adaptados con el tiempo por los nobles, lo que dio origen a las calzas.

A lo largo de su historia como imperio, Roma sufrió las constantes invasiones de diversos pueblos de las fronteras. Si bien implicaban amenazas constantes y disputas bélicas, también fueron enriqueciendo a los contrincantes en el sentido del intercambio cultural que esto posibilitaba. Teutones, godos, visigodos, longobardos, hunos, galos, bretones y francos, entre otros, invadieron las fronteras del Imperio romano y produjeron contactos que fueron limando las diferencias entre estos pueblos (tanto en la lengua como en la cultura, ya que muchos adoptaron el latín y se fueron romanizando en sus costumbres). En cuanto a la

vestimenta, en general se sabe muy poco: algunos historiadores sostienen que los pueblos bárbaros llevaban túnicas de lino con mangas, con borde de piel, aunque los más atrasados tecnológicamente solo utilizaban el cáñamo, que es un tipo de tela mucho más rústico y con menos elasticidad.

Los merovingios, dinastía franca que reinó desde el siglo V a VIII en el centro de Europa en lo que hoy es Francia, Bélgica y Alemania, tenían la costumbre de enterrar a los muertos en vez de quemarlos, como lo hacían los romanos. Esta costumbre nos ha transmitido una rica información sobre la época, ya que los reyes y las personas distinguidas eran enterradas con armas, trajes y adornos que habían usado en vida y posteriores excavaciones nos han brindado información bastante precisa. Así, podemos saber que los reyes utilizaban prendas de fino lino hasta la altura de las rodillas (llamada *gonelle*), que tenían bordados en los orillos y usaban un cinturón. También es importante señalar la utilización de cuero y de placas metálicas como coberturas en las prendas de guerra, algo que da cuenta de un estado de técnica en lento avance, ya que tanto el cuero como el metal requieren una serie de trabajos especializados.

En el caso de las mujeres, si bien ha permanecido muy poca información al respecto, parece seguro que en general llevaban el rostro cubierto con un velo que les llegaba hasta la cintura. Esta costumbre del velo, que era general, provenía desde lejanos tiempos y fue imponiéndose durante el cristianismo a partir de ciertos contactos con las culturas mahometanas.

Los carolingios sucedieron a los merovingios en el centro de Europa e impusieron una dinastía perdurable que, más allá del carácter guerrero y conquistador que permaneció en la época, brindaba una cierta tranquilidad y, por lo tanto, un aumento de la ostentación y la comodidad que aún no puede ser llamada lujo, pero que ofrecía algunos aspectos decorativos y ornamentales que ya sugieren un comienzo de la etapa distintiva de la indumentaria.

La figura central de toda esta época es, sin duda, el emperador Carlomagno, quien a lo largo de su período llegó a extender su dominio por casi toda Europa influyendo fuertemente en la cultura de casi todos los pueblos conquistados. Gracias al historiador Eginardo, tenemos una descripción bastante refinada de su forma de vestir: un dato importante es que había una gran diferencia entre el traje de uso cotidiano y el que utilizó después de haber sido proclamado

emperador romano por el papa en Roma. En relación con su ropa cotidiana: “Carlomagno vestía la tradicional, discreta y ordinaria vestimenta de la nación franca” (“Carlomagno”, s. f., <https://es.wikipedia.org/wiki/Carlomagno>). Eginardo la describe así:

Vestía a la manera de los francos: camisa de lino y calzones de lo mismo, túnica con pasamanos de seda; envolvía sus piernas con polainas de tiras, y en invierno protegía hombros y pecho con pieles de foca y de marta. Gustaba de llevar una capa azulada, así como una espada, normalmente acabada en una empuñadura dorada o plateada. En los banquetes o recepciones de embajadores portaba imponentes tizonas enjovadas.

Según este historiador de la corte de Carlomagno, este desechaba los trajes extraños y prefería vestirse al modo plebeyo, pero en las festividades importantes portaba diadema y vestía ropajes bordados y enjovados; en estas ocasiones su capa incluía una hebilla dorada. El traje que portaba después de ser proclamado emperador romano estaba inspirado en el traje de la corte de Bizancio, con tejidos y técnicas traídos de Oriente. El traje de emperador era un túnica con mangas, ribeteada con una cenefa de oro, encima una dalmática, así como una serie de prendas, entre las que se encontraban una con brocados hecha en Constantinopla, con una decoración de elefantes inscritos en círculos floreados en azul, verde y oro; y otra prenda de brocado de oro con bordados en forma de cuadrados con un rubí en el centro de cada uno. Sus zapatos eran de cuero color escarlata, con bordados muy ricos y esmeraldas. En la cabeza llevaba una espléndida corona de oro, adornada con piedras preciosas y esmaltes. (Laver, 1988, pp. 54-55).

Otro de los hechos históricos que influyeron en el desarrollo del traje en Europa fueron las cruzadas, ya que el movimiento de caballeros cruzados que recorrieron Europa hacia el este para llegar a Jerusalén trajo consigo desde Oriente una gran cantidad de telas, vestidos, costumbres, joyas y también los saberes sobre los procedimientos de fabricación, con lo cual se produjo un gran salto entre los siglos

XI y XIII en cuanto a las técnicas de manejo de diferentes materiales para la producción de vestimenta.

Algunos monarcas se preocuparon por tomar bajo sus órdenes a los artesanos especializados que encontraban en el camino. Así, por ejemplo, la corte de Federico de Hohenstaufen —establecida en Palermo luego de su coronación como emperador del sacro Imperio romano— dio un fuerte impulso a las asociaciones de artesanos y al trabajo de estos, lo cual permitió un desarrollo considerable de las artes y de las manufacturas. El carácter excéntrico de este monarca de la casa de los Hohenstaufen también permitió la creación de artículos de un lujo particular, con reminiscencias de los sultanatos árabes y del Imperio bizantino.

2.2.3 El traje bizantino

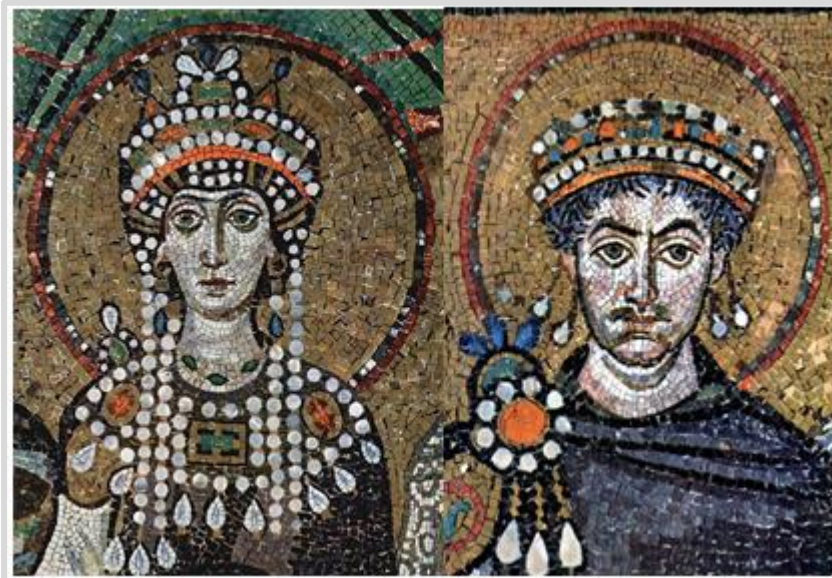
El Imperio bizantino debe su nombre a Bizancio, la antigua capital de la provincia grecorromana de Tracia, fundada por el emperador Constantino el Grande en el 330 d. C. como capital de lo que se llamó el Imperio Romano de Oriente con el nombre de Constantinopla. Tuvo su período de esplendor hasta la conquista de los turcos en 1453, en la que refundaron la ciudad con el actual nombre de Estambul.

La importancia del período bizantino se debe a la conjunción de la cultura griega, la introducción de la cultura romana y el lugar estratégico que ocupaba en las costas del mar Bósforo como centro de distribución de los intercambios de mercaderías y especias con Oriente. Por lo tanto, Bizancio fue una especie de mosaico de culturas que, lejos de estar enfrentadas y ser disonantes entre sí, se amalgamaron y conjugaron en una cultura única, rica y particular. Por ello fue durante siglos el más importante espacio de intercambio entre las culturas de Oriente y Occidente, en un marco de aceptación y mezcla cultural inigualable. A la época de oscuridad, temor y persecución de la Europa central vinculada a la expansión del cristianismo, el Imperio bizantino contestó con una singularidad debida principalmente a las influencias orientales que se fusionaron con la tradición europea.

El traje bizantino da cuenta de estos cambios profundos, ya que a la sencillez del traje romano se sustituyó por ropajes más coloridos, bordados de flores, damasquinados, broches, clámides de colores como el púrpura, chales cruzados,

incrustaciones de joyas, coronas con piedras preciosas colgantes (tal como se puede apreciar en el famoso mosaico San Vitale en Rávena).

Figura 5: Detalle de los mosaicos bizantinos de la Iglesia de San Vitale en Rávena. A la izquierda, la emperatriz Teodora. A la derecha, el emperador Justiniano (546-548 d. C.)



Fuente: imagen 1: Meister von San Vitale in Ravenna, 547b, <http://goo.gl/RxokAV>; imagen 2: Meister von San Vitale in Ravenna, 547a, <http://goo.gl/RxokAV>

Es singular destacar este mosaico, representativo de la cultura bizantina, ya que en este documento podemos apreciar, además de las extraordinarias riquezas y variedades del traje, los diversos ajustes y la introducción de nuevos atuendos: la dalmática de mangas anchas, el *tablion* —fragmento de tela cosida en la parte delantera del traje—, la cinta de tela anudada a la nuca, etcétera. Estos aspectos dan cuenta del surgimiento de la vestimenta como un signo distintivo. En efecto, el ropaje del emperador no solo cubre el cuerpo, sino que fundamentalmente significa su posición social-religiosa. Así, el traje ya no es un implemento o una indumentaria, sino más bien una *vestidura*. La representación eclesiástica del emperador Justiniano y su esposa Teodora instalan toda una simbología de suma importancia, ya que, como el emperador era un rey-sacerdote, el representante de Cristo en la Tierra, los ropajes debían significar ese lugar que ocupa en la jerarquía.

Tenemos, de esta manera, las primeras representaciones de la vestimenta con función social, lo que marca una distancia con las otras funciones y destaca la figura simbólica del portador, ya que los trajes de los demás súbditos estaban jerárquicamente preestablecidos y divididos según rango y función. Esta es una de las características del traje bizantino, cuyo modelo es tomado de la China imperial, en la cual todo traje era jerárquico.

La creciente influencia oriental en el período bizantino también implicó la utilización de materiales provenientes de Oriente —tanto de China como de Egipto e India—, como el algodón y los linos finos, pero especialmente la seda, tan apreciada por sus cualidades estéticas y simbólicas. Teodora —según sugieren los historiadores— fue quien envió a China a los monjes misioneros que trajeron escondido en una caña de bambú los gusanos y las moreras para reproducirlos y, de esta manera, dar origen a la industria de la seda en Europa.

El otro aspecto significativo de este período es el uso del color, por lo que la difusión de la tecnología para aprovecharlo es significativa. Si bien el púrpura estaba reservado a la pareja imperial (como el amarillo al emperador de China), la profusión de colores que incentivó la corte de Bizancio influyó fuertemente a las técnicas de coloración y a la difusión de hábitos y costumbres del Imperio bizantino en las regiones vecinas, aun después de su caída.

2.2.4 El traje gótico

En la historia del arte, se conoce al período gótico como la manifestación de los pueblos de la Europa occidental (especialmente, Francia, Alemania y Flandes) a partir del siglo XI y hasta los siglos XV/XVI, cuando comienza el período que se conoce como Renacimiento. La característica más expresiva del gótico es el uso de la luz, manifestación que tiene sus consecuencias morales y filosóficas, en cuanto se considera que es una forma de expresar una salida, a través de un medio natural como la luz, de la oscuridad de la Edad Media.

Desde el punto de vista de la sociedad, este período se caracteriza por la aparición de una burguesía comercial y feudal, de universidades y de órdenes religiosas organizadas en espacios nuevos regidos por normas y preceptos

particulares. Así, estamos en presencia de una sociedad que empieza a trasladarse a las ciudades y deja el predominio del campo y las costumbres rurales por una serie de manifestaciones centralizadas en las ciudades o burgos.

Una buena manera de entender las particularidades del gótico es comparar las oscuras, pequeñas y escondidas iglesias rurales del período románico con las inmensas y expresivas catedrales góticas (como las de Saint Denis, Estrasburgo, Chartres, Amiens, Bamberg, Siena o Florencia), que contaban con espacios generosos, llenos de luz, y majestuosidad en medio de las nacientes ciudades o centros de intercambio y comercio. En el plano pictórico, aparecen representaciones muy coloridas y las figuras religiosas se desprenden de la representación seria e idealizada para expresar un plano más humano y emocional.

Un cambio importante que considerar en esta época es el florecimiento de un nuevo tipo de arte asociado a las rutas comerciales y al intercambio económico y de saberes: el arte de la tapicería. En efecto, las rutas comerciales y, especialmente, la aparición de las ferias como espacios de intercambio de materiales que a su vez promovían los viajes en búsqueda de elementos exóticos o novedosos para vender implicaron, para la época (alrededor del siglo XII), un incentivo particular para desarrollar nuevos objetos. Tal fue el caso de los grandes tapices, posibilitados por la expansión del comercio de lanas, paños, telas y tejidos que, conjuntamente con la emergencia de una burguesía con capacidad de adquisición de bienes prestigiosos, explotó las condiciones de la época para incentivar la producción del arte de la tapicería (que a su vez implicaba la posibilidad de mostrar poder suntuario en cuanto eran extremadamente caros y requerían una mano de obra especializada, pero a la vez intensiva y anónima).

Las condiciones objetivas de una época o período determinado siempre implican un equilibrio particular en el desarrollo de las condiciones sociales; es decir, lo producido por la sociedad va a depender de las condiciones materiales y espirituales que le dan forma al modo de vida de esa cultura. En relación con la vestimenta, Yvonne Deslandres dice que

una sociedad absorbida por el problema de la supervivencia no consagra precisamente mucho tiempo a sus adornos. El traje es un

objeto de primera necesidad, caro, que se conserva cuidadosamente para que dure el máximo tiempo posible; se tira solo cuando está viejo. (Deslandres, 1985, p. 115).

Esta expresión implica, a lo largo del tiempo, uno de los puntos clave en la reflexión sobre la vestimenta, al pensarla como una expresión histórica y sociológica. La diferencia está dada por la oposición nuevo/gastado, en el sentido de que ha sido la oposición entre dos estados de la materia que implican el uso de la prenda a la largo de la historia hasta la época del florecimiento o aparición de la moda (el Renacimiento).

El vestido, en cuanto cobertura del cuerpo vinculada con aspectos materiales, solo es reemplazado cuando ha cumplido su vida útil, cuando el desgaste del material lo hace inútil a los efectos prácticos objetivos con los cuales ha sido adquirido (protegerse o cubrirse). Cuando en una sociedad los bienes están determinados por efectos prácticos y la supervivencia de la comunidad está jaqueada por la solución de problemas materiales de existencia (alimentación, enfermedad, habitabilidad), el proceso de reemplazo de un objeto por otro (una prenda de vestir por otra del mismo tipo) está determinado por su utilidad, es decir, por factores materiales objetivos: el desgaste o la rotura. Es solo cuando en una comunidad han sido solucionados y satisfechos los problemas básicos de la existencia material que se puede empezar a pensar en el reemplazo o el desprendimiento de un objeto solamente porque no gusta más o porque tenemos ganas de cambiarlo por otro de diferente material, color, corte o estampado. Esta aclaración da cuenta del proceso que llamamos *moda*. Vale la pena llamar la atención sobre él en este momento histórico porque, durante el período gótico, empiezan a diluirse las vinculaciones entre la prenda y sus beneficios materiales y comienza a delinearse el fenómeno de la moda, que florecerá en el Renacimiento.

La vestimenta del período gótico sigue estando atada a condiciones materiales aún restringidas. Si bien las rutas comerciales y de intercambio (especialmente vinculadas primero a las cruzadas y luego al comercio con Oriente) son fluidas y generan la aparición y distribución de materiales, de técnicas, de saberes y de objetos nuevos, la accesibilidad permanece restringida a un pequeño grupo de personajes jerárquicos de la sociedad (reyes, sacerdotes, guerreros y señores feudales) y la exhibición de los trajes se reserva a las ocasiones especiales:

acontecimientos que tienen que ver con la guerra, ceremonias litúrgicas y motivos solemnes de los soberanos. Los hombres visten con túnicas largas que, para facilitar el acto de ponérselas, tienen una abertura que se cierra mediante una presilla y un botón. Este traje largo parece ser una influencia que traen los cruzados desde Oriente y es un signo de distinción, ya que es usado por los personajes importantes. Los campesinos y viajeros usan el traje corto. Es general el uso de calzas de paño por debajo de las túnicas.

A partir del siglo XII y, más manifiestamente, a partir del siglo XIII, se observa un cambio importante en la sociedad cortesana. En ella, a partir de las producciones literarias, musicales y pictóricas, podemos detectar una serie de manifestaciones que indican la emergencia de ciertos atributos vinculados con una cierta liberalización de las ataduras rígidas de la moral y de las penurias de la supervivencia cotidiana. Además, florecen expresiones sobre el placer, el goce de los sentidos y la experiencia sensual. La vida cortesana empieza a difundir —si bien de manera aún tímida y reglada— un *arte de vivir*. Este (en francés, *joie de vivre*, alegría de vivir, manifestación de una existencia plena a partir de la cual se le da prioridad a los sentidos, a la sensibilidad, a la manifestación emocional de la existencia y a una expresividad muchas veces exagerada y teatralizada de los deseos y pasiones humanas; pensemos en el amor cortés y el naciente modelo de la alimentación golosa) da origen a una serie de manifestaciones en la vida cotidiana que florecerán en siglos posteriores, pero ya expresan una renovada disponibilidad del individuo por liberarse de los rígidos patrones morales rectores en la Edad Media, en su búsqueda por difundir los mecanismos emocionales y gozar del placer de los sentidos.

Se puede decir que en esta época comienza el proceso de aprecio por la elegancia, por cierto cuidado en las expresiones y tensiones cotidianas, por el manejo cuidadoso de todo lo que tenga que ver con la presentación en público, un cuidado del cuerpo y de la expresión de sí manifiesto en las diversas expresiones culturales que nos ha dejado esta época.

Si bien los ropajes aún no han cambiado mucho, sí se puede observar una variación inédita en la figura femenina, que empieza a aparecer con contornos definidos por el ajuste de las prendas. El corte en las ropas femeninas pasa a ser más estrecho y se diferencia del que usa el hombre: mientras este sigue utilizando el traje suelto y largo, en las mujeres se estrechan las mangas en la zona de la

sisas y se dejan muy amplias abajo, repujadas de joyas o pedrería. Además —y esto es un cambio singular—, se ajusta la cintura por medio de cintos doblemente entrelazados, con lo cual se empieza a perfilar el molde o modelo moderno de la representación del cuerpo femenino.

Un primer esbozo de los cambios en la figura femenina se puede observar en la siguiente representación de la mujer en las estatuas-columnas de Chartres, hacia 1145-1150. La cintura y el busto empiezan a ser dotadas de forma por medio de ajustes vestimentarios:

Figura 6: Representación de la mujer hacia 1145-1150



Fuente: Deslandres, 1985, p. 116.

El ajuste al cuerpo de la ropa delinea una de las diferencias más significativas en la historia de la indumentaria. Por un lado, atendiendo a la representación del cuerpo para su exposición pública (que además tiene como consecuencias: la construcción de una forma para el cuerpo y una manera sutil de esconder el cuerpo natural para dar más espacio y luz al rostro); por otro lado, la aparición de una serie de oficios y especialidades que con el tiempo van a ir adquiriendo importancia central en el mundo de la vestimenta: sastres, costureros, boneteros,

lenceros, sombrereros, vendedores y diversos subgrupos vinculados a la confección de las prendas, todos rigurosamente controlados y delimitados en sus tareas.

Hay que tener en cuenta que, al ajustarse el traje al cuerpo, en muchos casos debía coserse para ponérselo y descoserse para sacárselo. Por ello, las complicaciones en cuanto a su uso y posesión implicaban diversas habilidades y operaciones especializadas (además de un nivel económico acorde).

Estas diferencias son muy significativas, ya que perfilan el nacimiento de la moda. En la medida en que el traje es expresión de una necesidad y de una rigurosa división de clase, no se puede hablar de moda. La moda nace cuando es expresión de un deseo personal, de un gusto propio o de una elección particular motivada por diversas actitudes o motivaciones personales o de clase. La moda nace cuando el vínculo con la vestimenta ya no está determinado por el desgaste, sino por el deseo de cambio.

Referencias

Carlomagno. (s. f.). *Wikipedia.* Recuperado de <https://es.wikipedia.org/wiki/Carlomagno>

Chris73 [Fotógrafo]. (2005). Snake goddess from the Palace of Knossos, Crete [Fotografía]. Recuperado de https://en.wikipedia.org/wiki/File:Snake_Goddess_Crete_1600BC.jpg

Deslandres, I. (1985). *El traje. Imagen del hombre.* Barcelona, ES: Tusquets.

Laver, J. (1988). *Breve historia del traje y la moda.* Madrid, ES: Cátedra.

Lipovetsky, G. y Roux, E. (2004). *El lujo eterno. De la era de lo sagrado al tiempo de las marcas.* Barcelona, ES: Anagrama.

Meister von San Vitale in Ravenna. (547a). Justinian I [Mosaico]. Recuperado de https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Meister_von_San_Vitale_in_Ravenna.jpg

Meister von San Vitale in Ravenna. (547b). Theodora [Mosaico]. Recuperado de https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Meister_von_San_Vitale_in_Ravenna_008.jpg

Vega, M. (s. f.). Trajes griegos. Recuperado de <https://www.pinterest.es/pin/550142910702378791/>